

Naturalismo, valores y metafísica en el pragmatismo de John Dewey

Pedro Martínez Romagosa

IIF/SADAF-CONICET-UBA

Introducción

En el presente trabajo pretendo elucidar el tipo de naturalismo filosófico defendido por el pragmatismo de John Dewey a la luz de su tratamiento del problema de los valores. Para ello, en la primera sección, analizo la noción experimental de la experiencia, atendiendo a su carácter metodológico. Sugiero que el desarrollo de la noción de experiencia como una estrategia de análisis genealógico-funcional a aplicar en las investigaciones filosóficas ofrece una alternativa al naturalismo filosófico tradicional -como una doctrina metafísica y epistemológica reduccionista-.

En la segunda sección, reconstruyo la estrategia de respuesta indirecta al problema tradicional de los valores. Intento mostrar allí que de acuerdo con la argumentación histórico genealógica que desarrolla Dewey, tales problemas tradicionales -acerca de qué son y dónde ubicar los valores en el mundo natural- deben ser abandonados.

Luego, en la tercera sección, presento un resumen de la teoría naturalista de la valoración que Dewey ofrece en respuesta al problema genuino que cabe plantearse desde la perspectiva naturalista experimental. De acuerdo con la lectura que ofrezco de la misma, los juicios de valoración expresan el compromiso del organismo a comportarse de acuerdo con cierta norma o regla de conducta en un contexto problemático particular -esto es, una situación problemática socialmente compartida-. Tal caracterización no se compromete más que con una concepción de los valores como actitudes normativas o de compromiso de los organismos-agentes para con cierta norma o plan de acción. Sin embargo, como expongo en la sección cuarta, Dewey pretende ofrecer una nueva caracterización metafísica en términos naturalistas de la naturaleza de los valores. Intentaré mostrar que tal propuesta entra en conflicto con la estrategia argumentativa de diagnóstico en tanto pretende ofrecer una respuesta directa al problema de los valores y su ubicación. A su vez, sugiero que la lectura metodológica de la teoría experimental de la experiencia propuesta al principio ofrece una

caracterización alternativa del naturalismo filosófico sin comprometerse en principio con una propuesta metafísica positiva.

Naturalismo experimental o teoría naturalista de la experiencia

Dewey suele presentar su versión del pragmatismo como una especie de naturalismo experimental o una teoría naturalista de la experiencia inspirada en la práctica de investigación de las ciencias naturales e informada por los desarrollos de las ciencias, en particular de la biología evolucionista, la psicología funcionalista y la antropología cultural (1929: 1a-40; 1994: 108-109; lw.14.14). Sin embargo, el naturalismo filosófico tradicional suele presentarse enunciado de forma muy general como una doctrina epistemológica y ontológica sustantiva según la cual el único conocimiento genuino es el conocimiento científico y el mundo es tal y como lo describen las mejores teorías científicas (Price, 2013: 4-5). Mientras que el naturalismo deweyano es anti reduccionista (Dewey, 1940; Dewey, 1945; Bernstein, 1959: 347-348). En efecto, uno de los problemas más profundos de la época que identifica Dewey es el de la integración entre las creencias acerca del mundo y la naturaleza de las cosas basadas en el conocimiento de las ciencias naturales y las creencias acerca de los *valores* que tienen autoridad respecto de la dirección de la conducta (Dewey, lw.14.9). Y creía que el naturalismo experimental ofrecía el único camino para poder aceptar libremente las perspectiva y conclusiones de las ciencias, ser genuinamente naturalista y sin embargo mantener los valores más preciados, aunque revisados críticamente (Dewey, 1929: ii-iii). Considero que para comprender la actitud naturalista deweyana resulta fundamental atender al carácter metodológico de su concepción “experimental” de la experiencia, esto es su concepción de la experiencia “como un método” en particular para la investigación filosófica (Dewey, 1929: 1a-39; Dewey, 1954: 38-46; Dewey, 1997: 239; Pappas, 1997). En tal sentido, aunque Dewey llegó a reconocer que su posición se comprendería mejor al prestarle más atención al naturalismo y menos al empirismo, insistía en que su concepción de la experiencia y su método empírico eran naturalistas (Dewey, lw.14.14). Propondré entonces comprender el naturalismo pragmatista deweyano primariamente como un naturalismo de carácter metodológico en vez de entenderse a la manera del naturalismo ortodoxo tradicional como una doctrina epistemológica y metafísica sustantiva (Macarthur, 2008; Price, 2013: 3-6).

Uno de los factores que Dewey reconoce fundamentales para el desarrollo de una nueva concepción, “experimental”, de la experiencia fue el surgimiento de las ciencias experimentales (Dewey, 1994: 108 y 117; Dewey, lw.14.11-12). En la práctica de investigación de las ciencias naturales, encuentra implícito un modelo del conocer alternativo a la imagen imperante en la tradición intelectual europea desde sus orígenes en el pensamiento griego antiguo. El modelo tradicional “del espectador” separaba y despreciaba lo práctico, el hacer, la actividad y la acción de la teoría, pensamiento, reflexión y el conocimiento-(Dewey, 1952: 17-21). En cambio, el modelo “experimental” concibe el pensamiento como la actividad de la *inteligencia o investigación*: “el procedimiento experimental coloca a la acción [experimentación] en el corazón mismo del conocer” (Dewey, 1952: 32). No invierte meramente la relación tradicional entre teoría y práctica sino que concibe el pensamiento y la teoría como una especie de práctica, algo que hacemos para dirigir de forma inteligente nuestra conducta:

Lo mismo como en la ciencia la cuestión del avance del conocimiento es una cuestión de saber *qué hacer*, qué experimentos llevar a la práctica, qué aparato inventar y emplear, qué cálculos realizar, qué ramas de la matemática emplear o perfeccionar, así también el problema de la práctica consiste en saber qué es lo que necesitamos conocer, cómo obtendremos ese conocimiento y cómo lo aplicaremos. (Dewey: 1952: 33).

El otro de los factores fundamentales para el cambio hacia una concepción experimental de la experiencia fue el desarrollo de la biología evolucionista darwiniana y la psicología funcionalista inspirada en ella (Dewey, 1994: 108-110; Dewey, lw.14.11). Para Dewey la principal influencia cultural de la obra de Darwin sobre la filosofía consistía en haber abierto camino para la aplicación del “método experimental” en los ámbitos de la vida, la mente y la política (Dewey, 2000: 49-50). La biología informa que la experiencia es un asunto de mutua interacción entre organismos biológicos y su medio ambiente físico y social y, en la experiencia humana, cultural. Los seres humanos son “organismos aculturados”, sujetos a la influencia de la cultura y su interacción está mediada por la comunicación lingüística (Dewey, 1929: 166; Dewey.lw.14.15).

Tempranamente Dewey reconstruyó el concepto de “arco reflejo” en psicología para

desarrollar un esquema explicativo holista, dinámico y funcionalista en el cual “estímulo sensorial”, “respuesta sensorio-motora” y nociones emparentadas eran concebidas como fases o distinciones funcionales internas a un “circuito de coordinación sensorio-motriz” de la conducta del organismo en interacción con su ambiente, en vez átomos separados que oficiaban de *inputs* y *outputs* en una cadena causal (Dewey, 2000: 99-112).

Luego en sus *Ensayos de lógica experimental* procuraba “liberar” a la lógica de una psicología especulativa heredada acríticamente de la tradición de carácter mentalista, individualista y atomista y que era un vestigio de la “metafísica del alma sustancial”. Proponía indagar acerca del “carácter lógico de las ideas” en vez cuál es la naturaleza del pensamiento o las ideas (Dewey, 1954: 139-142). Sugería que antes de preguntarse por la *verdad* de las ideas (la relación entre las ideas y la realidad misma), debía “considerarse el estatus de las mismas en el juicio”: cómo y para qué las *ideas* intervienen en los juicios, cuál es su contribución funcional en términos de planes o indicaciones de lo que podría o debería hacerse en una situación particular (Dewey, 1954: 41).

De la misma forma Dewey propuso aplicar la misma actitud naturalista experimental en las áreas centrales de la investigación filosófica. Ello requería abandonar la perspectiva tradicional *a priori* y esencialista. En vez de plantearse las preguntas clásicas de tradicionalmente de carácter metafísico acerca de por ejemplo qué es el conocimiento o cuál es la naturaleza en sí misma de la verdad o los valores, la investigación filosófica debía adoptar la perspectiva de la *experiencia*: la perspectiva de organismos biológicos como los seres humanos, en interacción con un ambiente físico, social y cultural mediado por la comunicación lingüística. Debía plantearse entonces cómo surge por ejemplo el problema del conocimiento o el de los valores o la verdad, en qué contexto histórico, social e intelectual tienen origen tales problemas y por qué se instituye en tales situaciones problemáticas determinado concepto de “conocimiento”, “verdad” o “valor”: qué función viene a cumplir el uso de tales conceptos en la vida social de los organismos humanos en su interacción con el ambiente problemático en cuestión (Dewey, 1929: 9; Dewey, 1954: 39-40).

Diagnóstico del problema de los valores

Dewey tempranamente advierte que la formulación clásica del problema de la naturaleza de los valores se encuentra íntimamente vinculada a la controversia entre realismo e idealismo y sugiere que una aproximación mediante un “movimiento de flanqueo” resultaría más eficaz (Dewey: 1913). Al establecer posteriormente el estado de la cuestión en *Teoría de la valoración*, señala que la falta de consenso acerca de cuestiones presupuestas como “sobre qué hechos son esos a los que la teoría se aplicaría, e incluso si hay hechos en absoluto a los que aplicar una teoría del valor” impide que se mantenga una discusión efectiva y la investigación avance (Dewey, 2008: 83). En cambio, la adopción implícita de diferentes presupuestos metafísicos y epistemológicos conduce a los problemas clásicos del realismo vs anti realismo, objetivismo vs subjetivismo en la que cada una de las partes adopta una posición “extrema” y la discusión se vuelve ineficaz.

Por un lado, el realismo metafísico mantiene que hay valores racionales supraempíricos, independientes de la actividad humana que determinan *a priori* principios necesarios de validez universal de los juicios científicos, morales y estéticos (Dewey, 2008: 83). Por otro, el emotivismo empirista sostiene que las expresiones valorativas no contribuyen al contenido proposicional o significado cognitivo de los enunciados y los juicios de valor no expresan genuinos enunciados; su función es en cambio expresar la actitud del hablante ante un hecho o estimular dicha actitud en el oyente (2008: 89-90).

Ante la situación de la ausencia de discusión efectiva, la falta de avance en la investigación y el peligro de partir de algún supuesto no explicitado que incline la investigación hacia cierta dirección predeterminada, Dewey propone, en vez de intentar ofrecer una respuesta directa al problema de los valores, indagar las condiciones histórico intelectuales en que se originó el problema como tal (Dewey, 2008: 83-84).

El análisis de la historia intelectual muestra que en la cosmología de cuño aristotélico previa a la “revolución científica”, los principios inherentes a la naturaleza de cada cosa imponían fines hacia los que debían desarrollarse, tanto en el ámbito de la acción humana como en el del comportamiento de animal y de los objetos físicos (su captación garantizaba su conocimiento y permitía explicar el cambio). Estas formas o causas finales tenían estatus de principios normativos, y cabe subrayar, no había una separación entre el ámbito humano y no humano (Faerna, 2006: 31-32). El problema de los valores surge luego de la “revolución científica” tras ser abandonado el teleologismo como

metodología de investigación. Al ser eliminadas las “causas finales” (fines, intereses, intenciones) en la investigación del mundo natural, los objetos de las ciencias -astronomía, física, química, biología- se constituyen por *hechos* y relaciones entre hechos carentes de finalidad, valor e interés (Dewey, 2008: 84).

Sin embargo, cuando la reflexión filosófica moderna interpreta los resultados de las nascentes ciencias experimentales lo hace a la luz de un modelo intelectualista del conocimiento de acuerdo con el cual el conocimiento describe los objetos de la realidad última. Es entonces cuando se genera el conflicto entre la descripción científica del mundo (en términos de hechos y relaciones de hechos de naturaleza físico-mecánicas) y la imagen “moral” del mundo humano de la acción (Dewey, 1952: 43-45).

De acuerdo con Dewey, el modelo “del espectador” tiene su fuente en la separación y desprecio del hacer práctico y la acción respecto del pensamiento y la reflexión teórica que surge en condiciones precientíficas y pretecnológicas del conocimiento (Dewey, 1952: 3-15). En ausencia de medios técnicos de control, los cambios en el ambiente exponían a los seres humanos a constante peligro (Dewey, 1952: 9). El fracaso e inseguridad en la acción como medio eficaz para la transformación de las condiciones “externas”, dio prioridad a la actitud de “aceptación” y “cambio interior”: la práctica religiosa ofreció esperanza y consuelo en la promesa de ganarse la fortuna y protección de las potencias sobrenaturales que determinaban el destino humano a cambio de obediencia y sumisión (Dewey, 1952: 10-12). A su vez, el desprecio por la práctica y el hacer, así como el privilegio por la teoría y el pensamiento, fueron reflejo del privilegio de la clase de “hombres libres” en la antigua sociedad griega dedicados a mandar, la actividad intelectual y religiosa en la antigüedad y el desprecio por la clase de los esclavos a cargo del trabajo, las artes y tareas manuales (Dewey, 1952: 4-7).

Cuando la actividad del pensamiento o reflexión teórica ofreció con el desarrollo del conocimiento matemático un tipo de seguridad total y completa, una certeza absoluta inaccesible en la práctica en forma de verdades autoevidentes, la búsqueda de seguridad se convirtió en búsqueda de certeza (Dewey, 1952: 14-16). En tales condiciones, el pensamiento griego antiguo, adoptado el método demostrativo de la geometría como modelo, elaboró una concepción del conocimiento como certeza absoluta que determinó a su vez una concepción ontológica y una imagen acerca de la mente y el lenguaje (Dewey, 1952: 14-16). El “modelo del espectador” legitimaba filosóficamente la

separación y privilegio de la teoría respecto de lo práctico en términos de dos dominios diferentes: el *conocimiento* y la *opinión* (1952: 12-13). Dado que el conocimiento equivalía a certeza absoluta, el *objeto* del conocimiento debía ser algo perfecto, inmutable, eterno, autosubsistente. La caracterización del objeto moldeado bajo la búsqueda de la certeza absoluta determinó una concepción ontológica mediante su identificación con la Realidad o Ser en sí (en oposición a las meras apariencias, sometidas al cambio y contingencia objetos de la mera opinión) (Dewey, 1952: 19). La función de la mente y derivadamente del lenguaje consistía exclusivamente en *copiar*, *reflejar* o *representar* la Realidad o Ser en sí -las expresiones lingüísticas son significativas en virtud de reflejar o copiar los significados primarios de los pensamientos o esencias- (Dewey, 1952: 21).

Cuando esta imagen del conocimiento pasó a la tradición intelectual-religiosa judío cristiano se enfatizó el elemento ético. La identificación del Ser o Realidad última con el Bien y la Verdad de la filosofía clásica constituyó una concepción ontológica de los valores supremos, bienes intrínsecos o fines últimos como rasgos o cualidades del Ser; que a su vez ofreció un fundamento metafísico, último y absoluto al conocimiento y la moralidad que garantizaba la anhelada certeza, i.e. necesidad y universalidad ausentes en la experiencia y acción particular y contingente (Dewey, 1952: 29-30, 45-46).

De acuerdo con Dewey, el conflicto entre la descripción científica del mundo y la visión metafísica de los valores como cualidades reales surge debido a la interpretación filosófica de los resultados de las ciencias a la luz del modelo del espectador (Dewey, 1952: 47). La filosofía moderna ensanchó aún más la separación entre teoría y práctica. Pues el pensamiento clásico griego concebía la separación como una jerarquía de grados de realidad y conocimiento. Mientras que la filosofía moderna lo interpreta en términos de un dualismo sustancial (Dewey, 1952: 46-47).

El problema tradicional de los valores surge al interpretar la exclusión de los valores del objeto de estudio de las ciencias a la luz del modelo del espectador del conocimiento. Presupuesto el dualismo entre hechos y valores, pareciera que los valores deberían pertenecer a un dominio ontológico diferente al del mundo empírico. Surge así la cuestión ontológica tradicional acerca la naturaleza intrínseca de los valores y dónde ubicarlos en el mundo descrito por el conocimiento científico. Análogamente, pareciera que a lo sumo los medios o “valores instrumentales” podrían ser evaluados a

la luz del conocimiento experimental, pero la “estimación” de los valores últimos o fines-en-sí-mismos debería ser de otro orden.

Sin embargo, el diagnóstico histórico revela que los supuestos teóricos de la imagen del espectador surgieron en respuesta a condiciones histórico sociales contingentes y son por lo tanto optativos. El cambio de tales condiciones histórico-intelectuales, y en particular, la disponibilidad de un modelo alternativo del conocer mejor ajustado a las condiciones culturales actuales -modelo que Dewey encuentra implícito en la práctica de investigación de las ciencias naturales- muestra el carácter anacrónico del problema. Dewey concluye que el problema metafísico tradicional acerca de la naturaleza intrínseca de los valores y el problema del “encaje” de dos aspectos de la realidad (natural y humana) resultan completamente artificiales, y al depender de supuestos teóricos anacrónicos -del modelo del espectador- su intento de solución debe ser abandonado (Dewey, 1952: 42, 63; lw.14.8-10).

Teoría de la valoración

Dewey entiende que al revelar cómo surgió el problema del valores, el diagnóstico histórico-intelectual muestra a la vez la actualidad del problema que genuinamente le cabe a la reflexión filosófica. Señala que la noción *valor* no fue abandonada -como lo fue por ejemplo el concepto “flogisto”- porque tales nociones normativo-valorativas resultan ineliminables del discurso acerca de la acción:

La conducta humana parece estar influida, cuando no controlada, por consideraciones como las que vienen expresadas en las palabras “bueno-malo”, “correcto-incorrecto”, “admirable-deplorable. Toda conducta [inteligente] [...] parece involucrar valoraciones. (Dewey, 2008: 85).

Una vez abandonado el problema metafísico tradicional acerca de la naturaleza intrínseca de los valores, Dewey sostiene que desde la perspectiva naturalista experimental, el problema filosófico genuino de la *valoración* consiste en investigar cómo es posible el conocimiento experimental para la dirección inteligente de la conducta (1952: 38; 2008: 85)¹.

¹ Cabe hacer notar que de acuerdo con Dewey, el ámbito de los valores no se circunscribe al de la moral o la ética, esto es, al de la acción moralmente correcta o incorrecta sino al ámbito más amplio de la conducta inteligente humana (2008: 85). Explícitamente reconoce que “las reglas son omnipresentes en todas las formas de relación humana” y “toda forma recurrente de actividad, en las artes y en las

En el contexto antes aludido en discusión con el realismo metafísico racionalista y el emotivismo empirista, Dewey plantea el problema en términos de cómo es posible que los juicios de valoración expresen proposiciones genuinas, con contenido cognitivo, que sean “valorativas en sentido distintivo”: puedan cumplir con la función de dirección o guía de la conducta inteligente (Dewey, 2008: 84-85, 101-102).

En contra del anti cognitivismo emotivista, Dewey sostiene que los juicios de valor expresan “proposiciones genuinas” con significado “cognitivo” o experimental². Desde la perspectiva naturalista deweyana, el fenómeno de la valoración “hunde sus raíces” en modos de comportamiento orgánico presentes incluso en animales pre lingüísticos que consisten en procesos de selección y rechazo de elementos del ambiente que conducen a mantener las condiciones vitales (Dewey, 2008: 96-99; lw.16. 344-345). El organismo no es indiferente a lo que ocurre en su entorno: lo experimenta en forma de atracción o rechazo, aprecio o desprecio, gusto o disgusto; actitudes que no son un “disfrute meramente pasivo” pues el organismo se “preocupa” o “cuida por” mantener las condiciones de aquello que estima o aprecia (Dewey, 2008: 96). Pero tampoco se trata propiamente de deseos o *fines-a-la-vista* ya que esta variedad de actitudes afectivo motoras hacia “objetos” del medio pueden mantenerse sin un contenido conciente ni proponerse fines a alcanzar (Dewey, 2008: 97). En la medida en que apreciaciones o “valoraciones” espontáneas [*valuings*] son desde el punto de vista de la psicología disposiciones afectivo-motoras, esto es comportamientos públicamente accesibles, es posible expresar enunciados o “proposiciones genuinas” acerca de ellas -más allá de las dificultades efectivas de justificar enunciados de carácter general- (Dewey, 2008: 98). Sin embargo, no se trata de “proposiciones valorativas en ningún sentido distintivo” sino de proposiciones acerca de hechos valorados o apreciados. (Dewey, 2008: 101). Los juicios de valoración en sentido estricto o de evaluación tienen fuerza normativa: cumplen la función de guía o dirección de la conducta. Establecen cómo debe comportarse el organismo, qué regla o plan de conducta ha de seguir en una situación

profesiones, desarrolla reglas que indican la mejor manera de cumplir los fines que se tienen a la vista (2008: 102).

² Al negar que los juicios de valor tengan contenido cognitivo o significado proposicional, se niega desde la perspectiva deweyana que puedan cumplir con su contribución experimental, en el control inteligente de la conducta. Al aislar los juicios de valor de la conducta y separarlos del mundo (de los hechos) se bloquea la investigación para la dirección de la acción -la valoración- y se priva de los medios para la conducta inteligente.

problemática particular (Dewey, 2008: 102). En este punto Dewey coincide con el realista racionalista, aunque desacuerda en la concepción de tales *normas* como fijas y universales, establecidas *a priori* “desde arriba o desde alguna fuente externa” (Dewey, 2000: 114; Dewey, 2008: 111). Para Dewey las normas son *inmanentes* a la conducta: establecen “modos de operar por parte de quienes intervienen en transacciones en las que un cierto número de personas o grupos figuran como partes, así como los modos de operar que deben seguir...” (Dewey, 2000: 114; Dewey 2008: 102 y 125).

En contra de ambas posiciones, sostiene que los juicios de valoración son susceptibles de ser evaluados experimentalmente en función del contexto. Puede testarse si los medios son adecuados para alcanzar los propósitos establecidos (Dewey, 2008: 114-115). A su vez, la corrección o incorrección última de los juicios de valoración depende del resultado final de la situación: si la transformación efectuada en virtud de la conducta establecida da lugar a una relación más satisfactoria con el medio o no (Dewey, 2008: 124-125). No es posible garantizar de antemano la transformación satisfactoria de la situación: el proceso es falible y aunque haya métodos confiables o seguros, hay un margen ineliminable de inseguridad o incertidumbre en cuanto a que el fin establecido dará lugar al cambio esperado.

Desde la naturalista experimental, entonces, los juicios de valoración o evaluación expresan el compromiso del organismo a comportarse de acuerdo con cierta norma o regla de acción en un contexto o situación problemático particular socialmente compartido. Juicios que son susceptibles de evaluación experimental en relación a la transformación que introducen en la situación como resultado de la acción que determinan. Tal caracterización no pareciera presuponer más que una concepción positiva de los valores como actitudes normativas o compromisos de los organismos agentes involucrados en sus conductas sociales de las prácticas establecidas. Sin embargo, Dewey pretende ofrecer una caracterización alternativa adicional de la naturaleza de los valores dentro de su proyecto de reconstrucción naturalista de la metafísica.

Metafísica naturalista: la concepción transaccional de los valores

Aunque desde la perspectiva naturalista experimental Dewey explícitamente privilegia la cuestión metodológico-epistémica de la valoración o evaluación por sobre el

problema metafísico, su propuesta no es eliminativista ni renuncia a ofrecer una respuesta acerca de la naturaleza misma de los valores (1918: 253; 1929: 394-403). En cambio, pretende ofrecer una concepción naturalizada de los valores que en cierta medida de respuesta directa al problema tradicional acerca de qué son y dónde se ubican los valores en el mundo natural (Dewey, lw.16.343).

En respuesta al problema de ubicación de los valores, Dewey sostiene a modo de hipótesis empírica que los “hechos-de-valor” se ubican en el campo de la conducta, específicamente en los procesos de selección-rechazo del organismo que tienden a mantener las condiciones vitales (Dewey, lw.16.344). Tal hipótesis descarta que se trate de actos especiales de un agente peculiar “aislado del mundo de los hechos” (Dewey, lw.16.345). Los valores son “producto” de una función orgánica (Dewey, lw.16.348).

En cuanto a su naturaleza, Dewey caracteriza su concepción de los valores como “transaccional” (Dewey, lw.16.349). No se trata de hechos objetivos, completamente independientes del organismo, pues dependen de su actividad en interacción con el medio (Dewey, lw.16.345). Ni tampoco de hechos subjetivos internos, privados ya que los “procesos de selección-rechazo”, “estimación-aprecio” o “cuidado por” involucran alguna cosa seleccionada-rechazada, estimada-apreciada, etc. (Dewey, lw.16.346).

Sin embargo, no existe ninguna clase peculiar de cosas que caigan bajo la atribución de valor: la antropología cultural enseña que toda cosa ha sido valorada en algún tiempo y lugar (Dewey, lw.16.346). En cuanto a su estatus ontológico, los valores no son “cosas” ni objetos sino cualidades (Dewey, 1929, 396 y 400; Dewey, 2008: 108). Aunque, en sentido estricto, las cualidades que adquieren los eventos en las “apreciaciones” inmediatas o “valoraciones *de facto*” no son valores (Dewey, 2008: 99; Dewey, lw.16.353). Los valores son producto de la actividad de la inteligencia (Dewey, 2008: 99 y 114). Así, Dewey pareciera entender los valores como las cualidades que caracterizan las situaciones que han sido transformadas satisfactoriamente producto de la investigación o conducta inteligente (1929, 400-403). A su vez, tales cualidades “transaccionales” o “terciarias” -como las denomina en referencia a la distinción clásica entre propiedades primarias y secundarias- son ocurrencias naturales, y en tanto tales, insiste Dewey, son realmente existentes (Dewey, lw.14.25-28).

Conclusiones

De acuerdo con el argumento de diagnóstico histórico-genealógico, el problema metafísico de los valores -acerca de su naturaleza intrínseca y dónde ubicarlos en el mundo natural- debe ser abandonado. Desde la perspectiva naturalista experimental en cambio, el problema tradicional de carácter ontológico es reemplazado por el problema metodológico-epistemológico acerca de la valoración-investigación. La teoría naturalista de la valoración a su vez, compromete a Dewey con la existencia de prácticas sociales, modos de conducta habituales que suponen compromisos o actitudes normativas de los agentes que son evaluables experimentalmente en relación su contexto o situación particular.

Sin embargo, Dewey pretende a su vez ofrecer una caracterización ontológica en términos naturalistas de los valores. Considero que la concepción naturalista “transaccional” de los valores como cualidades de situaciones controladas por la conducta inteligente, en la medida en que pretende ofrecer una respuesta directa a la pregunta por la naturaleza y ubicación de los valores entra en tensión con la estrategia argumentativa de diagnóstico genealógico -reconstruida en la sección 2-. Puesto que esta última se dirige a cuestionar los supuestos teóricos mismos sobre los que se formula el problema y concluye que en tanto depende de supuestos anacrónicos el problema resulta artificial y debe ser abandonado.

Además, si bien no es el lugar para desarrollarlo, sospecho que el intento de ofrecer una descripción metafísica de los valores podría correr el riesgo de rehabilitar el postulado representacionista involucrado en el modelo del espectador: la necesidad de buscar referentes en el mundo -propiedades o hechos- que vuelvan significativos a los enunciados y expresiones valorativas en cuestión-.

En cambio, la concepción experimental de la experiencia presentada al comienzo del trabajo y cuya aplicación es ejemplificada en el tratamiento del problema de los valores y la valoración -referidas en las secciones segunda y tercera- ofrece una mejor alternativa teórica del naturalismo filosófico. Puesto que, por un lado, su caracterización primariamente metodológica en términos de análisis genealógico-funcional evita los reduccionismos del naturalismo ortodoxo (Macarthur, 2008). Y por otro lado, logra mantener una actitud naturalista sin tener que comprometerse y poder permanecer neutral respecto de cuestiones metafísicas tradicionales -como la de la naturaleza intrínseca de los valores y dónde ubicarlos en el mundo-.

Referencias

- Bernstein, R. (1959) "Dewey's Naturalism", *Review of Metaphysics*, vol. 13, nro. 2, pp.: 340-353.
- Dewey, J. (1913), "The Problem of Values", *The Journal of Philosophy, Psychology and Scientific Methods*, Vol. 10, n° 10, mayo, pp. 268-269.
- _____ (1918) "The Objects of Valuation", *The Journal of Philosophy, Psychology and Scientific Methods*, Vol. 15, n° 10, mayo, pp. 253-258.
- _____ (1922), "Valuation and Experimental Knowledge", *The Philosophical Review*, Vol. 31, n° 4, julio, pp. 325-351.
- _____ (1929), *Experience and Nature*, Londres, George Allen & Unwin, Ltd.
- _____ (1945) "Nature in experience", *The Philosophical Review*, vol. 49, nro. 2, pp.: 244-258.
- _____ (1952), *La busca de la certeza*, México, FCE.
- _____ (1954) *Essays in Experimental Logic*, New York, Dover Publications Inc.
- _____ (1994), *La reconstrucción de la filosofía*, Barcelona, Planeta-Agostini.
- _____ (1997), *Influence of Darwin on Philosophy and Other Essays*, Nueva York, Prometheus Books.
- _____ (2000) *La miseria de la epistemología*, Madrid, Biblioteca Nueva.
- _____ (2008), *Teoría de la valoración*, Madrid, Biblioteca Nueva.
- _____; Corporation, Folio & Corporation, Intelix (1997). *The Collected Works of John Dewey, 1882-1953. The Electronic Edition /*
- Dewey, J., Hook, S. & Nagel, E. (1945) "Are Naturalists Materialists?", *The Journal of Philosophy*, vol. 42, n. 19, pp- 515-530.
- Faerna, A. M., (2006) "Significado y valor: la crítica pragmatista al emotivismo", *Quaderns de Filosofia i Ciència*, nro. 36, pp.: 27-39.
- Macarthur, D. (2008) "Pragmatism, Metaphysical Quietism and the Problem of Normativity", *Philosophical Topics*, vol. 36. nro. 1, pp.: 139-209.
- Pappas, G. F.; (1997) "Dewey's Moral Theory: Experience as Method", *Transactions of the Charles S. Peirce Society*, vol. 33, nro. 3, pp.: 520-556.
- Price, H. (2013), *Expressivism, Pragmatism and Representationalism*, New York, Cambridge.